

sucios, que parecían gitanos ó mendigos que acababan de ponerse trajes recogidos en algún campo de batalla.

— ¡Demonio! — dijo el más grande con la boca llena, — le aseguro á usted que aquello no era divertido; hay que haberlo visto; cuéntalo tú, Cou-tard.

Y el otro, más pequeño, empezó la narración haciendo muchos gestos y moviendo el pan.

— Yo estaba lavando mi camisa, mientras que hacían el rancho... figúrese un agujero, un verdadero embudo, rodeado de bosques á cuyo favor se habían acercado esos cochinos de prusianos, sin que nadie lo sospechase... en aquel momento, á las siete, empiezan á caer bombas sobre nuestras ollas. ¡Demonio! cogimos entonces nuestros fusiles y hasta las once, ¡cómo hay Dios! creíamos que les atizábamos una paliza de las buenas... pero tiene usted que saber que no éramos 5.000 hombres y que esos cochinos continuaban llegando siempre. Yo estaba en una ladera del monte, echado detrás de un zarzal, y les veía desembocar enfrente, á la derecha, á la izquierda, como hormigas, hileras de hormigas negras, tanto que cuando no había más, todavía volvían á salir: no es que yo lo diga, pero todos pensábamos que los jefes tenían que ser unos borricos para habernos metido en aquel embudo lejos de los compañeros, sin venir en nuestro auxilio... más entonces se presenta nuestro general, el pobre general Douay, que no era tonto ni cobarde, y de buenas á primeras recibe una pildora y cae derrumbado. Muerto él ya no queda nadie; no importa, nos defendemos, nos defendemos. Sin embargo, eran mu-

chos y había que escapar de allí. Nos batimos en un cercado, defendimos la estación en medio de una granizada tal, que era para volverse sordo... y luego ya no ví más: la ciudad debió de ser tomada. Nos hemos encontrado sobre una montaña, el Geisberg, como ellos dicen según creo; y allí parapetados en una especie de castillo, no se puede usted imaginar los que hemos matado de esos cochinos: saltaban al aire y daba gusto verlos caer de narices. . y ¡qué quiere usted! continuaban llegando, diez hombres contra uno y cañonazos hasta hartarse, el valor en aquellos momentos no servía más que para quedarse allí. Por último, una verdadera tortilla y tuvimos que largarnos;... pero ¡caramba! hay que reconocer que nuestros oficiales, como brutos, han demostrado serlo; ¿no es verdad, Picot?

Hubo un momento de silencio. Picot, el más grande, bebió un vaso de vino blanco y, secándose con el revés de la mano, añadió:

— Ya lo creo... lo mismo ocurrió en Fröschwiller, era preciso no tener dos dedos de frente para batirse en tales condiciones. Mi capitán, un hombre que lo entiende, lo decía... pero lo cierto es que nadie estaba prevenido. Todo un ejército de esos canallas se nos vino encima, cuando nosotros apenas si llegábamos á cuarenta mil hombres. Y nadie se figuraba que aquel día tendríamos jaleo; la batalla comenzó poco á poco, sin que los jefes lo quisieran, según parece... En resumen yo no lo he visto todo, naturalmente, pero lo que sé es que la danza duró todo el día y cuando se creyó que había acabado volvió á empezar con más bríos... Primero en Woerth, un pueblecito muy mono, con un campa-

nario muy bonito, que parece una estufa con los azulejos que le adornan. No sé para qué nos hicieron dejarlo por la mañana, porque trabajamos mucho é inútilmente para ocuparlo de nuevo, sin conseguirlo. ¡Vaya una carnicería, compañeros! Después nos zurrámos de lo lindo alrededor de otro pueblo: Elasshaussen, un nombre que tira para atrás. Nos cañoneaban muy á su gusto desde lo alto de un monte que habíamos abandonado también por la mañana. Y entonces vi, yo mismo, con mis propios ojos, la carga de los coraceros. ¡Cómo se han hecho matar esos pobres diablos! ¡Daba lástima verlos! Pero también ¿á quién demonio se le ocurre lanzar la caballería sobre aquel terreno en cuesta, lleno de zarzales y cortado por fosos? Y luego ¿para qué? ¡De todos modos aquello era imponente y daba gusto verlo! Después, parecía natural que nos largáramos de allí. El pueblo ardía como una cerilla, los bávaros, los wurtembergueses, los prusianos, todos, en fin, más de ciento veinte mil hombres, según se supo después, acabaron por envolvernos... Pues en vez de largarnos, empezó de nuevo la música, desde Frœschwiller. Porque la verdad, Mac-Mahon será tonto, pero lo que es valiente, lo es. ¡Había que verle montado á caballo, en medio de las bombas que caían! Otro se hubiera largado al principio, pues nadie tiene la obligación de aceptar la batalla con fuerzas tan superiores; pero él, ya que la cosa había empezado, quiso batirse hasta no poder más. Y lo ha logrado ¡vive Dios! En Frœschwiller no eran sólo hombres, sino caballos los que caían. ¡Durante dos horas los arroyos arrastraban sangre!... Después, después... ¡cla-

ro! hubimos de retirarnos. ¡Y cuando pienso que posteriormente han venido á decirnos que habíamos arrollado á los bávaros, en nuestra izquierda! ¡Si llegamos á ser ciento veinte mil y hubiésemos tenido bastantes cañones y jefes más listos!

Y desesperados, violentos aún, con sus uniformes hechos pedazos, blancos de polvo, Coutard y Picot, cortaban pan, tragaban grandes trozos de queso, mientras lanzaban la pesadilla de sus recuerdos, bajo el emparrado alegre, con sus racimos maduros, que los rayos del sol traspasaban. Ahora llegaban á la espantosa retirada que había sido como el epilogo de aquellas batallas, los regimientos desbandados, desmoralizados, hambrientos, huyendo á través de los campos, en las carreteras, rodando en horrible confusión, hombres, carruajes, cañones, todo el desastre de un ejército destruido arrastrado por el vendaval del pánico. Puesto que no habían sabido replegarse prudentemente y defender el paso de los Vosgos, donde diez mil hombres hubiesen podido contrarrestar á cien mil, se hubiera debido por lo menos hacer saltar los puentes é inutilizar los túneles. Pero los generales se retiraban desparvoridos y soplaban tal tempestad de estupor, arrastrando á la vez á vencidos y vencedores, que durante un momento los dos ejércitos se habían perdido, como en una persecución á tientas. Mac-Mahon, huyendo hacia Luneville, mientras que el príncipe real de Prusia le buscaba hacia el lado de los Vosgos. El día 7 los restos del primer cuerpo cruzaban por Salerne como un río desbordado, arrasando todo lo que encontraba á su paso. El día 8, en Sarreburgo, el quinto cuerpo caía sobre el pri-

mero, como un torrente desbordado sobre otro, huyendo también, derrotados sin haber combatido, arrastrando á su jefe, el triste general De Failly, atontado porque se hacía caer sobre él la responsabilidad de la derrota. Los días 9 y 10 la retirada continuaba; un sálvese el que pueda bestial, que no dejaba mirar hacia atrás; bajo la persistente lluvia bajaban hacia Bayon, dejando á un lado á Nancy, á consecuencia de un falso rumor, que había anunciado que esta ciudad estaba en poder del enemigo. El 12 acampaba en Haroue; el 13 en Vichexey, y el 14 estaban en Neufchateau, donde el ferrocarril recogió aquella masa de hombres cargándolos en los trenes durante tres días, para transportarlos á Châlons. Veinticuatro horas después de la salida del último tren, llegaban los prusianos.

—¡Vaya una suerte negra!—terminó diciendo Picot.—¡Ya ha habido necesidad de menear las piernas!... ¡Y á nosotros que nos habían dejado en el hospital!

Coutard acababa de vaciar la botella en su vaso y en el de su compañero.

—Sí, hemos corrido de veras y todavía corremos... pero ahora estamos mejor, puesto que podemos echar un trago á la salud de los que no han muerto.

Mauricio comprendió entonces la situación. Después de la sorpresa estúpida de Wisemburgo, la derrota de Frœschwiller era el golpe final que nos traba en toda su horrible desnudez la terrible verdad. No estábamos preparados, no teníamos cañones, ni hombres, ni generales; y el enemigo, tan despreciado, aparecía fuerte y sólido, numeroso,

con disciplina y táctica perfectas. La débil muralla de nuestros siete cuerpos de ejército, diseminados de Metz á Strasburgo, acababa de ser destrozada por los tres ejércitos alemanes, con irresistible empuje. Ahora nos quedábamos solos, ni Austria ni Italia vendrían en nuestro auxilio; el plan del emperador había quedado destruído á causa de la lentitud de las operaciones y de la incapacidad de los jefes. Y hasta la fatalidad trabajaba en contra nuestra, acumulando los contratiempos, las coincidencias lamentables, realizando el plan secreto de los prusianos, que consistía en dividir en dos nuestros ejércitos, rechazando una parte bajo los muros de Metz, para aislarlo de Francia, mientras ellos emprendían la marcha sobre París, después de haber aniquilado el resto. Desde luego aquello se comprendía matemáticamente; debíamos ser vencidos por todas las causas cuyo inevitable resultado se dejaba ver; era el choque del valor sin la inteligencia, contra el número y el sabio método. Aunque se disputase después con ahinco, la derrota, á pesar de todo, era inevitable, como la ley de las fuerzas que rigen en el mundo.

De pronto Mauricio levantó los ojos como soñando y volvió á leer allí, delante de sí, la frase ¡Viva Napoleón! escrita con carbón sobre la pared amarillenta. Y sufrió una sensación de inevitable mal-estar, una punzada cuya quemadura le agujereaba el corazón. ¡Era pues verdad que Francia, la de las victorias legendarias, la que se había paseado con sus banderas por toda Europa, acababa de ser arrollada al primer encuentro por un pueblo desprecia-

do! Cincuenta años habían sido suficientes, el mundo había cambiado, la derrota horrible aniquilaba á los eternos vencedores y recordaba todo lo que Weiss, su cuñado, había dicho durante aquella noche de alerta, delante de Mulhouse. Sí, él solo, en aquella noche, veía claro, adivinaba las causas lentas y ocultas de nuestra debilidad, sentía el aire de fuerza y de juventud que soplaba de Alemania. ¿Por ventura no significaba aquello una edad guerrera que doncluíra y otra que comenzaba? ¡Desgraciado del que se detiene en el esfuerzo continuo de las naciones, la victoria es para los que van á la vanguardia, para los más sabios, para los sanos, para los más fuertes!

En aquel momento se oyeron las carcajadas de la criada. Era el teniente Rochas, que, en la vieja y humeante cocina, sostenía interesante palique con la linda muchacha.

Se presentó bajo el emparrado, donde se hizo servir una taza de café y como había oído las últimas palabras de Coutard y Picot, intervino alegremente en la conversación:

—¡No os apuréis, muchachos, eso no es nada! Es el principio del baile y vais á ver como nos tomamos el desquite. Claro, hasta ahora han sido cinco contra uno. Pero ahora todo va á cambiar, yo os lo aseguro, pues ya somos trescientos mil hombres. Todos los movimientos que hacemos y que no se comprenden, es para atraer á los prusianos sobre nosotros, mientras Bazaine que los vigila, los cogerá por retaguardia... entonces... ¡zás! los aplastamos como á esta mosca.

Y de una palmada aplastó entre sus dos manos

una mosca que había cogido al vuelo; se alegraba, hablaba fuerte, creyendo con toda su inocencia en aquel plan tan bien concebido, con aquella fe que tenía en el valor invencible. Cariñosamente indicó á los soldados el sitio exacto donde se encontraba su regimiento y después, feliz y satisfecho, con un cigarro en la boca, se sentó delante de su taza de café.

—El gusto ha sido mío, compañeros,—contestó Mauricio á Coutard y Picot, que se marchaban dándole gracias por aquel convite.

También se había hecho llevar una taza de café y miraba al teniente contagiado por su alegría, aunque sorprendido por aquello de los trescientos mil hombres cuando no eran más que unos cien mil, y más aún, de la extraña manera de aplastar á los prusianos entre el ejército de Chalons y el de Metz. ¡Sentía tal necesidad de ilusión!

¿Por qué no había de confiar aún, cuando el glorioso pasado no se apartaba de su memoria? ¡La taberna estaba tan alegre con su emparrado, del que colgaban los racimos de uvas dorados por el soll! Volvió á tener una hora de confianza, á pesar de la inmensa tristeza que se había apoderado de su ánimo...

Mauricio había seguido con la vista á un oficial de cazadores de Africa que iba acompañado de un ordenanza que acababan de desaparecer en aquel momento al trote largo, en el ángulo de la silenciosa casa ocupada por el emperador. Después, al aparecer el ordenanza, solo, con los dos caballos, á la puerta de la taberna, lanzó un grito de sorpresa.

—¡Próspero!... ¡yo que le creía á usted allá en Metz!

Era un hombre de Remilly, un mozo de labranza, que había conocido siendo niño, cuando iba á pasar las vacaciones en casa del tío Fouchard; había caído quinto y se encontraba en Africa hacia tres años; cuando estalló la guerra, y tenía buena planta con la chaqueta azul claro, el amplio pantalón encarnado con ancha franja azul, con su cara larga seca y sus brazos ágiles y fuertes.

—¡Vaya un encuentro, señor Mauricio!

Pero no se daba prisa; llevaba á la cuadra los caballos cubiertos de espuma, echando al suyo una ojeada de cariño. Era el amor al caballo innato en él sin duda, que desde niño había demostrado y que le había hecho elegir el arma de caballería cuando fué al servicio.

—Es que llegamos de Monthois, más de diez leguas de un tirón,—dijo cuando volvió,—y Céforo tomará un bocado de buena gana.

Céforo era su caballo; él no quiso comer; pero aceptó el café. Aguardaba á su oficial, quien á su vez aguardaba al emperador. Y aquello podía ser cosa de cinco minutos, como podía durar dos horas. El oficial, en vista de esto, le había dado orden de llevar los caballos á la cuadra. Y como Mauricio tratara de averiguar á qué había venido, contestó:

—No sé... algún encargo tal vez... algún parte que entregar.

Pero Rochas miraba emocionado al cazador, cuyo uniforme le traía á la memoria el recuerdo de Africa.

—¿Diga usted, muchacho, dónde estaba usted allá?

—En Medeah, mi teniente.

¡Medeah! y hablaron con cierta franquesa á pesar de la jerarquía. Próspero se había acostumbrado á aquella vida de continua alerta, siempre á caballo, saliendo á campaña como quien va de caza á dar una batida á los árabes. Tenían una sola marmita para seis hombres, para cada tribu; y cada tribu era una familia; uno guisaba; otro lavaba la ropa, los otros instalaban la tienda de campaña, cuidaban los caballos y limpiaban las armas.

Cabalgaban por la mañana y á la caída de la tarde, cargados con muchos paquetes, abrumados por un sol de plomo.

Por la noche se encendían grandes hogueras para ahuyentar los mosquitos, y alrededor de ellas cantaban canciones del país. A menudo, en la noche clara, débilmente alumbrada por las estrellas, tenían que levantarse para poner paz entre los caballos, los cuales, azotados por el viento cálido, se mordían y arrancaban los piquetes, relinchando furiosamente. Después se tomaba el café, el delicioso café, que se molía en el fondo de una marmita y que filtraban á través de una faja roja del uniforme. Pero también había días malos, lejos de todo punto habitado, enfrente del enemigo. Entonces se habían acabado las hogueras, los cantos y la alegría, sufrían á veces horriblemente por no poder dormir, comer ni beber. ¡Pero qué importaba! Aquella vida les agradaba, aquella existencia de aventuras, de escaramuzas, tan apropiada para el brillo del valor personal, entretenida como la conquista de una isla salvaje, amenizada por las *razzias*, el

robo en grande y por el merodeo, que toleraban los generales.

—¡A!—dijo Próspero,—aquí no es como allí, aquí se baten de otro modo.

Y con motivo de una pregunta que le dirigió Mauricio, contó su desembarco en Tolón, el largo y penoso viaje hasta Luneville. Allí supieron lo que había ocurrido en Wissemburgo y en Froeschviller. Después ya no recordaba, confundía las poblaciones; de Nancy á San Mihiel, de San Mihiel á Metz. El 14 debía haber habido una gran batalla, el horizonte era de color de fuego, pero él no había visto más que cuatro hulanos detrás de unos arbustos. El 16 se habían batido nuevamente; el cañoneo empezó á las seis de la mañana y le habían dicho que el 18 el jaleo volvió á empezar más terrible aún. Pero los cazadores de Africa no estaban allí, porque el 16, en Gravelotte, cuando ya estaban dispuestos para entrar en combate, á lo largo de un camino, el emperador, que pasaba en coche, los tomó al paso, para que le escoltaran hasta Verdun. Un buen paseo, cuarenta y dos kilómetros al galope, con el temor de verse cortados por los prusianos á cada momento.

—¿Y Bazaine?—preguntó Rochas.

—¡Bazaine! dicen que está satisfecho de que le haya dejado en paz el emperador.

Pero el teniente quería saber si Bazaine llegaba. Y Próspero hizo un gesto que nada quería decir; ¡quién sabe! Ellos, desde el 16 habían empleado el tiempo en marchas y contramarchas, molestados por la lluvia, en reconocimientos, en grandes guardias, sin ver al enemigo. Ahora formaban parte del

ejército de Chalons. Su regimiento, otros dos de cazadores de Francia y uno de húsares, formaban una de las divisiones de la caballería de reserva; la 1.<sup>a</sup> división que mandaba el general Margueritte, del que hablaba con cariño entusiasta.

—¡Ah! ¡vaya un hombre! Mas ¿para qué sirve, puesto que no han hecho más que hacernos correr de un lado para otro?

Hubo un momento de silencio. Después Mauricio habló de Remilly, del tío Fouchard, y Próspero no podría dar un apretón de manos á Honorato, el sargento de artillería cuya batería debía acampar á una legua de allí, al otro lado del camino de Laon. Pero el ruido que produjeron los caballos, hizo que se levantara, y desapareció para ver si á Céforo le faltaba algo. Poco á poco, soldados de todas clases y de todos grados fueron entrando en la taberna, en aquella hora tan á propósito para tomar el café y la copita. No quedaba libre ni una mesa: aquella variedad multicólor de los uniformes, mezclada con el verde de los pámpanos, daba al cuadro muy alegre aspecto. El comandante Bouroche acababa de sentarse cerca de Rochas, cuando se presentó Juan llevando una orden.

—Mi teniente, el capitán le aguarda á las tres, para actos del servicio.

Con un movimiento de cabeza dijo Rochas que sería puntual, y Juan, que no se marchó en seguida, se sonrió al ver á Mauricio, que en aquel momento encendía un cigarrillo. Desde la escena del wagón, entre los dos hombres había una tregua que parecía necesitaban para estudiarse recíprocamente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

te, pero cada día iba desapareciendo el odio entre ellos.

Próspero salió de la cuadra impaciente.

—Yo voy á comer, si mi jefe no sale...

Puede que al emperador no le dé gana de volver hasta la noche.

—Diga usted,—preguntó Mauricio, cuya curiosidad aumentaba,—¿tal vez traigan ustedes noticias de Bazaine?

—Tal vez, se hablaba de eso en Monthois.

Mas se produjo un brusco movimiento. Y Juan, que se había quedado cerca de la puerta, se volvió diciendo:

—¡El emperador!

Todos se pusieron de pie. Entre los álamos, por la carretera blanca, un pelotón de cien guardias aparecía, con un lujo de uniformes correcto aún y resplandeciente con el sol que doraba sus corazas.

Después seguía el emperador á caballo, en un ancho espacio libre, acompañado de su Estado Mayor, al que seguía un segundo pelotón de guardias.

Las cabezas se habían descubierto; se oyeron algunas aclamaciones. Y el emperador, al pasar, levantó la cabeza, muy pálido, con la cara estirada, los ojos vacilantes, como si estuvieran turbios y llenos de agua. Pareció despertar de un sueño, se sonrió un poco al ver aquella taberna tan alegre.

Entonces Juan y Mauricio oyeron detrás de sí á Bouroche, que murmuraba después de haber examinado detenidamente al emperador:

—¡Vaya una mala pinta que tiene!

Después, con una sola frase expresó su diagnóstico:

—¡Hombre al agual

Juan, comprendiéndolo así, hizo un movimiento de cabeza. ¡Qué mala suerte para un ejército tener un jefe así! Y diez minutos más tarde, después de haber dado un apretón de manos á Próspero, cuando Mauricio, contento con el buen almuerzo que había hecho, se fué de paseo á fumar algunos cigarrillos, llevaba consigo la imagen de aquel emperador tan pálido, tan descolorido, pasando al trote de su caballo. Era el conspirador, el soñador á quien faltaba la energía en el momento de la acción. Decían que era muy bueno, muy capaz de abrigar un generoso pensamiento, y muy tenaz, como hombre callado; y era también muy valiente, despreciando el peligro como un fatalista dispuesto á arrostrar el destino. Pero en las grandes crisis, paralizado delante de los hechos consumados, é incapaz de obrar en aquellos momentos si la fortuna le era adversa. Y Mauricio se preguntaba si aquello no era un estado fisiológico especial, agravado por los padecimientos, si la enfermedad de que se quejaba el emperador no era la causa de aquella indecisión, de aquella incapacidad de que venía dando pruebas desde el comienzo de la guerra. Eso lo hubiera aclarado todo. Unas arenillas en la carne de un hombre, y los imperios se vienen abajo.

Por la noche, en el campamento, después de la lista, reinó mucha agitación; los oficiales andaban de un lado para otro transmitiendo órdenes, arreglando las cosas para emprender la marcha al día siguiente á las cinco.

Y fué causa de gran sorpresa para Mauricio, el comprender que todo había vuelto á cambiar de

nuevo; ya no se replegaban sobre París, iban á marchar sobre Verdun al encuentro de Bazaine. Circulaba el rumor de que había llegado durante el día un telegrama de este último, anunciando que operaba un movimiento de retirada, y el joven recordó á Próspero y al oficial de cazadores, que habían venido de Monthois tal vez para traer una copia del despacho.

Eran, pues, la emperatriz regente y el consejo de ministros quienes triunfaban sobre las continuas dudas del mariscal Mac Mahon, con el espanto que les causaba el regreso del emperador á París, en su deseo de empujar al ejército hacia adelante, para intentar el salvamento supremo de la dinastía. Y este emperador desgraciado, ese infeliz que no tenía ya un puesto en su imperio, iba á ser llevado como un bulto inútil y molesto, entre los bagajes de sus tropas; condenado á arrastrar detrás de él, la ironía de su casa imperial, sus cien guardias, sus coches, sus caballos, sus cocinas, sus furgones con vajilla de plata y vino de Champagne, toda la pompa de su manto imperial sembrado de abejas, barriendo la sangre y el lodo en los caminos, seguido por la derrota.

A media noche Mauricio aun no había podido dormir. Un insomnio febril, acompañado de pesadillas, le hacía dar continuas vueltas dentro de la tienda de campaña. Tuvo que salir fuera y al respirar el aire fresco sintió alivio. El cielo estaba cubierto de nubarrones, la noche era muy oscura y triste en medio de aquellas tinieblas, que las últimas hogueras, que iban apagándose lentamente, alumbraban cual si fueran estrellas.

Y en aquella calma, que aplanaba á causa del mismo silencio, se sentía la lenta respiración de los cien mil hombres que allí se hallaban acostados. Entonces se aplacaron las angustias que atormentaban á Mauricio, el espíritu de fraternidad que le inspiraban aquellos cien mil hombres dormidos, llenaba su corazón de cariño, pensando que muchos de ellos dormirían muy pronto el sueño eterno de la muerte. ¡Pobres gentes! No estaban muy disciplinados, robaban y bebían. ¡Pero cuánto habían sufrido ya y cuántas excusas para sus faltas en el desquiciamiento de la nación entera!

Los veteranos gloriosos de Sebastopol y de Solferino, eran ya lo menos, mezclados con tropas demasiado jóvenes para resistir mucho tiempo. Aquellos cuatro cuerpos de ejército, formados á la carrera sin lazos sólidos entre sí, componían el ejército de la desesperación, el rebaño, la víctima expiatoria que se enviaba al sacrificio, para intentar aplacar la cólera del destino. Iba á subir al Calvario hasta lo último, pagando las faltas de todos con rojas oleadas de su sangre, engrandecida con el horror mismo del desastre.

Y Mauricio en aquel instante, en la obscuridad de que se sentía rodeado, tuvo conciencia de su deber. No se hacía la ilusión de ganar batallas legendarias. Aquella marcha sobre Verdun, era una marcha á la muerte, y la aceptaba con resignación, con entereza, puesto que era preciso morir.

#### IV

El 23 de Agosto, un martes, á las seis de la mañana, se levantó el campamento. Los cien mil hom-